

Microsociología e historia de lo cotidiano

Juan Gracia Cárcamo

El objetivo de este trabajo es analizar la relación que puede establecerse entre ciertas investigaciones realizadas durante los últimos decenios en torno a la vida cotidiana en las Ciencias Sociales (especialmente dentro del ámbito de la Sociología) y algunas aproximaciones historiográficas sobre el mismo tema.

En este sentido, habrá que resaltar que no es casual que en la historiografía de los años ochenta y noventa hayan venido adquiriendo una progresiva relevancia diversos tipos de acercamiento a los comportamientos cotidianos (como pueden ser la historia de las representaciones, la de la cultura popular, la microhistoria...) que tienen su correlato más o menos directo con perspectivas que han sido objeto de discusión por los sociólogos que se han interesado en el estudio de la vida cotidiana. Por el contrario, no deja de ser significativo que algunas de las síntesis más divulgadas sobre la historia de la vida cotidiana no tomaran en cuenta esas investigaciones procedentes de las Ciencias Sociales ¹. En claro contraste con lo anterior, se ha aludido, en excelentes trabajos españoles sobre la historia de lo cotidiano, a la necesidad de que los historiadores se acerquen a las obras más destacadas de algunos sociólogos de la vida cotidiana, recono-

¹ Tal es el caso de dos obras de historiadores tan destacados como BHAIIDEL, F., *Las estructuras de lo cotidiano*, Madrid, 1984, y POUNDS, N., *La vida cotidiana: Historia de la cultura material*, Barcelona, 1992.

ciendo que sus contribuciones son muy interesantes ². Lo que se trata aquí es de profundizar en este sentido, al estudiar esas aportaciones de las Ciencias Sociales con mayor profundidad.

El lector de estas páginas no debe pensar que pueda encontrar en este modesto ensayo más que una pequeña aproximación a una difícil problemática como es la que ha atraído mi interés por el estudio de los comportamientos cotidianos durante los años en que me he dedicado a la investigación y a la docencia de la Historia. Sin embargo, no se analizará en este artículo, aunque sea un tema relevante, la importancia que tiene para una didáctica renovada de la Historia el partir del nivel de lo cotidiano frente a los habituales enfoques pedagógicos centrados exclusivamente en la historia política o en la historia social y económica estructural, ya que me he ocupado de ello anteriormente, por lo que no tendría sentido repetir aquí aquellas valoraciones ³.

Quisiera señalar al lector que si advierte en mi análisis -tanto de algunas muestras de la Sociología como de la Historia de la vida cotidiana- una perspectiva que adopta un carácter crítico, esta postura no tiene, obviamente, nada que ver con la habitual falta de confianza en las posibilidades de tal tipo de estudios que distingue a muchos historiadores. Por el contrario, hay que destacar cómo la Historia de la vida cotidiana ha alcanzado un nivel de interés -derivado de sus logros tanto en la conceptualización como en la práctica historiográfica- que no le debe hacer mirar con ningún complejo de inferioridad a los sectores tradicionalmente consagrados en la historiografía. Además, un estudio crítico de la situación actual de esos campos historiográficos revelaría también insuficiencias -aunque por supuesto, de diferente índole- que no son menores que las que aquejan a ciertas vertientes de la historia de lo cotidiano. Insuficiencias que en éste, como en los otros sectores historiográficos, son también inherentes a su objeto de estudio. Esto es, nadie ignora que las prácticas cotidianas se caracterizan por un aspecto esencial como es el referirse a unos aspectos que el sentido común ordinario considera

² RAMOS, M. D., *Mujeres e Historia. Reflexiones sobre las experiencias vividas en los espacios públicos y privados*, Málaga, 1993, pp. 68 Y91-92, o CONZÁLEZ CASTILLEJO, M. J., *La nueva historia. Mujer, vida cotidiana y esfera pública en Málaga (1931-1936)*, Málaga, 1991, p. 36.

³ CARAIZAH, I.; GRACIA, J., y VALVERDE, L., «La Historia próxima: Metodología para una historia viva», *XII Congreso de Eusko-Ikaskuntza*, San Sebastián (en prensa).

banales, triviales e intrascendentes. La cuestión subyacente a ello --como se ha subrayado desde hace mucho tiempo por aportaciones como la de Schutz- es que el conocimiento procedente del sentido común es «aprobemático» y se caracteriza por concebir la realidad cotidiana como transparente. El que el desarrollo de la historiografía haya estado afectado por un peso excesivo del empirismo -derivado, en no poca medida, de la incorporación por los historiadores en sus análisis de este tipo de conocimiento ordinario- es el que determina que la nueva Historia de vida cotidiana se haya visto obligada a autojustificarse casi permanentemente frente a las perspectivas académicas más establecidas, en aras de ganar un reconocimiento de su interés que le es discutido en muchas, por no decir, en demasiadas ocasiones.

Como es bien conocido, el historiador académico al uso tiende a poner cara de desagrado cuando se acerca a trabajos historiográficos en los que se tratan temas relativos a la vida cotidiana, porque cree que va a encontrar en ellos una herencia de los famosos -y tan despreciados- volúmenes de la colección del mismo nombre editada por Hachette. Si las publicaciones actuales relativas a la Historia de la vida cotidiana hubieran seguido el enfoque de aquella colección estaría justificada esta actitud. Pero lo que sucede es que, frente a la aparente trivialidad de su objeto de estudio, la Sociología y la Historia de la vida cotidiana se han esforzado en los últimos decenios por demostrar que lo sencillo -lo cotidiano- es extremadamente complejo. El interés que subyace en estas aportaciones al estudio de lo cotidiano es que -dentro de análisis que tienen a veces componentes hermenéuticos muy sofisticados- se han elaborado un conjunto de interpretaciones de la vida cotidiana donde ésta se contempla como integrada por rituales, estrategias, tácticas, representaciones, ficciones teatrales, hábitos, tramas narrativas... en las que la realidad aprobemática de lo cotidiano es totalmente cuestionada. Con ello no se quiere decir, evidentemente, que haya que admitir los excesos derivados de una antropologización en el análisis sociológico e historiográfico de la vida cotidiana, sobre todo si se olvida radicalmente la referencia a lo que suele denominarse eufemísticamente como contexto social (y que en realidad alude a las variantes que adopta la vida cotidiana en los distintos grupos sociales) o la vinculación de los cambios que registra la vida diaria con transformaciones

derivadas de amplios procesos políticos, económicos o tecnológicos 4.

Al comenzar el análisis de las perspectivas que ofrece el estudio de la vida cotidiana en las Ciencias Sociales, lo primero que habría que destacar es que los diferentes enfoques desde los que se ha abordado este tema (por ejemplo, el fenomenológico, el del interaccionismo simbólico, el análisis dramaturgico, la etnometodología, la sociología existencial, la sociología cognitiva, etc.) se caracterizan por una diversidad de presupuestos teóricos que exige reconocer que no se pueda hablar de una versión muy articulada de la Sociología de la vida cotidiana 5. En realidad, es la propia heterogeneidad que constituye la esencia radical de la vida cotidiana la que puede determinar esta diversidad de enfoques. Si observamos la situación que se produce en la Historia de la vida cotidiana, esa diversidad de perspectivas es también una característica que queda claramente patente. Rechazar, en el plano historiográfico, esta diversidad como una muestra más de la historia en migajas no supone en muchas ocasiones más que una vuelta a las esencias de la Historia que conducen al más empírico y aproblemático positivismo histórico 6.

La pluralidad y diversidad de orientaciones que se observan tanto en la Sociología como en la Historia de la vida cotidiana es también una muestra de la vitalidad y del interés de un tema que había sido obviado -por no decir despreciado- durante largo tiempo por las escuelas académicas dominantes en las diversas Ciencias sociales. A este respecto, los especialistas en la Sociología y en la Psicología de la vida cotidiana no dejan de aludir a que sus estudios tienen unos padres fundadores, que realizaron sus investigaciones a finales del siglo pasado o comienzos de este siglo, pero que no encontraron continuación a causa del triunfo de los paradigmas después presentes en las corrientes dominantes de las diversas Ciencias Sociales y Humanas -como el funcionalismo, estructuralismo, conductismo, etc.-. De este modo, entre los sociólogos de la vida cotidiana la importancia de análisis precursores como los de Simmel es casi unánimemente

4 GRAS, A. (ed.), *Sociologie des techniques de la vie quotidienne*, París, 1992; OSTNER, I., «Technologie, quotidienne, Lebenswelt», *Ibidem*, pp. 19-30, y de HORNING, K., «Le temps de la technique et le quotidien du temps», *Ibidem*, pp. 45-58, YCIANT, C. (ed.), *Science, technology and everyday life, 1870-19.50*, Londres, 1989.

5 ADLER, P., *el al.*, «Everyday Life Sociology», *Annual Review of Sociology*, núm. 13, 1987, p. 217.

6 ELTON, G., *Return to Essential*, Cambridge, 1991.

señalada 7. Entre los psicólogos de la cotidianidad, la perspectiva abierta por Freud –y por otros estudiosos de la misma época como Wundt, W. James...– es tomada también como un precedente que, a pesar de sus errores, se erige en justificación del atractivo de un ámbito de investigación descuidado hasta las últimas décadas de este siglo 8. Sin embargo –al menos en lo que yo conozco–, no se intenta generalmente poner en conexión el que tanto el final del siglo XIX como el del siglo XX registren ese interés recurrente por lo cotidiano.

Al margen de lo anterior, es de sobra conocida la explicación que vincula el desarrollo de los estudios sobre la vida cotidiana en la segunda mitad de nuestro siglo con un auge inusitado de la privacidad 9. Constatar que este fenómeno ha derivado en una demanda social que más o menos directamente ha fomentado el auge de las investigaciones microsociológicas es también otro tópico muy difundido 10. Por el contrario, queda claramente abierta la tarea de explicar más adecuadamente esta tendencia, tanto de la sociedad como de ciertas corrientes sociológicas, en términos macrosociales que hagan referencia a los cambios que se han producido en la estructura de clases correspondiente a nuestra época. A este particular, algunos sociólogos –como Fritsch– han tratado de resolver esta cuestión remitiendo a diversos procesos que supondrían que, en la segunda mitad del siglo, se ha producido una progresiva presencia de las clases medias en las diferentes instancias sociales, de forma que dichas clases sociales estarían más preocupadas por los fenómenos de la vida cotidiana que la alta burguesía, que habría sido supuestamente el grupo hegemónico en la era contemporánea hasta ese período 11. No se trata aquí tanto de cuestionar este tipo de explicaciones demasiado genéricas –que requerirían evidentes matizaciones– como de poner de manifiesto la urgencia de avanzar mucho más en la interpretación de este problema.

7 Véase, p. e., WATIER, P., «Understanding and Everyday Life», *La Sociologie Contemporaine*, núm. 37, 1989, p. 63, o NAHAVANDI, F., «Les sociologues américains et la sociologie de la vie quotidienne», en JAVEAU, C. (ed.), *Micro et macro sociologie du quotidien*, Bruselas, 1983, p. 65.

8 Cf. LEHR, U., Y TIMOMAE, JI. *La vida cotidiana. Tareas, métodos y resultados*, Barcelona, 1994.

9 BÉJAR, JI., *El ámbito íntimo*, Madrid, 1990 (2).

10 Cf., p. e., JAVEAU, C., «Le paradigme de l'acteur et la Sociologie de la vie quotidienne», in JAVEAU, C., (ed.), *Micro...*, p. 9, o LANTZ, P., «Où la banalité de la vie à la vie quotidienne», en FRITSCH, P. (ed.), *Le sens de l'ordinaire*, París, 1983, p. 61.

11 FRITSCH, P., «Introduction», en FRITSCH (ed.), *Le sens...*, p. 12.

En relación con esto último, se debe señalar que uno de los problemas presentes en la reflexión sociológica, antropológica o psicológica sobre la cotidianidad hace referencia a la relación existente entre vida cotidiana e historicidad, aunque será necesario señalar que cuando los científicos sociales hablan de historicidad no suelen entender con este término lo mismo que los historiadores cuando se plantean estas cuestiones. En cualquier caso, hay que subrayar cómo es difícil encontrar una voluntad clara por parte de los estudios de microsociología de la vida cotidiana para acercarse a un enfoque histórico. Por ello, y aunque no esté de moda este tipo de posicionamientos, se debe elogiar la actitud de algunos sociólogos marxistas de la vida cotidiana -como sucede con A. Heller- que reconocieron, en trabajos ya antiguos, cómo «la vida cotidiana no está fuera de la Historia, sino que es el centro de la Historia»¹², al tiempo que reiteraban continuamente la importancia de la Historia como «sustancia de la sociedad». Tampoco se trata de reservar esta sensibilidad hacia la Historia sólo a los científicos sociales que estudiaron la cotidianidad desde el marxismo. A este respecto, se puede destacar el énfasis que ponen autores de muy diferente ideología, como Hirschman, en defender la necesidad de una aproximación que contenga elementos históricos en su conocido trabajo que sugiere la existencia de ciclos que privilegian de modo recurrente y alternante la vida pública y la privada. Por supuesto, un punto de vista excesivamente escrupuloso podría encontrar que algunas de las referencias históricas de estos autores son muy problemáticas. Así ocurre, por ejemplo, cuando Hirschman alude a que los ataques al consumismo que caracterizaron a la sociedad norteamericana de los años sesenta de nuestro siglo tienen su precedente en la denuncia de pensadores de la segunda mitad del XVIII contra un supuesto aumento del consumismo en esa época¹³. Pero, al margen de aspectos puntuales que sean más o menos discutibles, está claro que enfoques como éstos evidencian una receptividad hacia los cambios históricos que afectan a la cotidianidad que se echan a veces en falta dentro de las investigaciones de algunos célebres microsociólogos de la vida cotidiana, como Goffman, que alardearon del poco caso que hacían de los referentes his-

¹² HELLER, A., *Historia y vida cotidiana*, Barcelona, 1972, p. 42 y, en el mismo sentido, IBÍDEM, *Sociología de la vida cotidiana*, Barcelona, 1977, p. 134, o *La revolución de la vida cotidiana*, Barcelona, 1982, p. 121.

¹³ HIRSCHMAN, A., *Interés privado y acción pública*, México, 1986, p. 62.

tóricos en sus investigaciones, aunque ello le llevara a la paradoja de no tomarla en gran consideración incluso cuando presentó una ponencia que tenía precisamente como tema el de la relación que se podía establecer entre Microsociología e Historia ¹⁴.

La discusión sobre la vinculación existente entre la Historia y la Sociología de lo cotidiano nos conduce a un problema crucial en los estudios de las Ciencias Sociales acerca de la cotidianidad como es el de la relación que existe entre el nivel micro (que es el analizado mayoritariamente por estas corrientes sociológicas) y la escala macrosocial. Y este problema es importante en la medida que se ha tendido a identificar cada vez más la Sociología de la vida cotidiana con la microsociología. En este sentido, es un fenómeno aislado que los microsociólogos de la cotidianidad desdeñen totalmente el componente macrosocial, al contrario de lo que sucede con los estudiosos de las grandes instituciones sociales que con demasiada frecuencia no reconocen el interés de los estudios sobre la vida cotidiana. Por ello, hay que entender más bien como un ejemplo del gusto por la ironía provocativa -en la que mostraba una singular maestría- la rotundidad con que Goffman afirmaba que no le interesaba el nivel macro y que sus análisis microsociales no tenían ninguna relevancia para la comprensión de los problemas "fundamentales de la Sociología, que hacían referencia a la estratificación social, a los conflictos sociales o al cambio institucional ¹⁵. Por el contrario, la mayoría de los microsociólogos han señalado reiteradamente que el estudio de las relaciones interpersonales tiene un gran interés para conocer el funcionamiento de los movimientos colectivos, observando, por ejemplo, que éstos proceden frecuentemente de un rechazo de determinadas situaciones cotidianas. En este sentido, algún autor ha resaltado que la demostración de este aserto se encuentra en que existen reivindicaciones colectivas y movimientos sociales que surgen, en última instancia, del rechazo hacia fenómenos cotidianos tales como la falta de viviendas adecuadas o la insuficiencia de alimentos ¹⁶.

¹⁴ COFMANN, E., «Microsociologie et Histoire», en FRISTCH, P. (ed.), *Le sens...*, pp. 198 Y ss.

¹⁵ GOFMANN, E., «Microsociologie...», p. 201; un argumento similar en JOSEPH, I., «Histoire(s) de rire», en FRISTCH, P. (ed.), *Le sens...*, p. 188.

¹⁶ LALIVE, E., «La vie quotidienne», *Cahiers Internationaux de Sociologie*, 74, 1983, pp. 27-31.

Como antes se ha apuntado, los problemas de vinculación entre el nivel micro y el macro no se plantearon evidentemente en la sociología marxista tradicional sobre la vida cotidiana, ya que en ésta se daba por supuesto que la asimilación de la manipulación de las cosas que se produce en la cotidianidad «es lo mismo que la asimilación de las relaciones sociales»¹⁷. Parece claro que sentencias tan tajantes como ésta, que no fueron explicitadas luego de forma más adecuada, indican que es necesario un mayor esfuerzo intelectual en el intento de vincular ambos niveles dentro de los estudios sobre la vida cotidiana, pero insistimos en que esta tarea se dificulta por la drástica despreocupación que han mostrado las grandes escuelas sociológicas del siglo XX respecto de los fenómenos que se inscriben en la pequeña escala.

Ante ese desprecio es comprensible que algunos microsociólogos de la vida cotidiana muestren recíprocamente un rechazo orgulloso y absoluto hacia las diversas corrientes que se han impuesto como referentes hegemónicos en la disciplina sociológica a lo largo del siglo XX, y ante las que tratan de convertirse en heterodoxa alternativa. De este modo, se puede entender que en ciertos escritores --como Maffesoli-- se haya convertido ya en una cuestión de principios el rechazar totalmente y en bloque las aproximaciones cuantitativas, estructuralistas, funcionalistas o positivistas... como incapaces de dar cuenta de la «polisemia de los valores» que integran la vida cotidiana, que por su misma naturaleza se escaparía a las rígides de aquellos enfoques. No se puede dejar de reconocer que este tipo de alegatos pudo ser un atractivo punto de partida, dentro de una microsociología que hace años se vio obligada a denunciar el altanero desdén con que muchas corrientes academicistas contemplaban a las «banales» situaciones cotidianas. Pero aunque se puede cautivar inicialmente al lector con el argumento de que aquellos paradigmas «simplistas» no pueden abarcar la complejidad de la cotidianidad, ya que ésta se escapa a miradas racionalistas que se distinguen por su falta de sensibilidad o aunque se puede aludir de forma sugestiva a que el «politeísmo de la vida cotidiana» nunca será aprehendido por los esquemas propios del «monoteísmo reductor del cientifismo»¹⁸, habrá

¹⁷ HELLER, A., *Historia...*, p. 41.

¹⁸ MAFFESOLI, M., «Epistemo)logie de la vic quotidienne», *Cahiers Internationaux; de Sociologie*, núm. 74, 1983, p. 65, *Y La conquete du présent. [tour une sociologie de la vie quolidienne*, París, 1979, p. 165.

que convenir que, a la larga, este tipo de argumentos radicalmente irracionalistas es perjudicial para que la investigación microsociológica sobre la vida cotidiana supere muchas de sus limitaciones, que proceden de una obsesión por centrarse exclusivamente en la pequeña escala. A decir verdad, la investigación social sobre la cotidianidad tiene que salir por fuerza de lo puramente cotidiano y del marco micróscopico si quiere dar cuenta cabal de lo que sucede en estos niveles.

Con esto no se quiere negar, por supuesto, los logros que se han obtenido en algunas corrientes microsociológicas que se han autoerigido en alternativas frente a la ortodoxia dominante y que han destacado, por ejemplo, la importancia de asumir perspectivas antropológicas en el estudio de la vida cotidiana. A este respecto, se puede aludir a las aportaciones de una aproximación que incide en la relevancia de los símbolos presentes en las actuaciones cotidianas. Partiendo de la dimensión radicalmente simbólica de la cultura se pretende evitar así el realismo ingenuo que caracteriza precisamente la posición del hombre corriente ante el mundo cotidiano, que se distinguiría por su acrítica confianza en la existencia de una realidad transparente, aspecto éste que -como ya se ha apuntado arriba- la corriente fenomenológica de Schutz y sus discípulos se encargaron de analizar¹⁹. De esta forma, se subraya la ingenuidad del hombre cotidiano en su concepción del tiempo contemplado como finito e inevitable, en su lenguaje estereotipado, que pasa por tipificaciones acríticas y que son socialmente derivadas, para contraponerlo con el saber de los investigadores sobre la vida cotidiana que parten de la opacidad fundamental que la caracteriza. Sin embargo, esta indudable aportación al conocimiento del mundo cotidiano pierde relevancia cuando algunos microsociólogos descartan como vana la tarea de buscar explicaciones causales donde sólo existen ritualizaciones, códigos de interacción, apropiaciones del espacio y del tiempo, etc. Insistir en la concepción de la vida cotidiana como si fuera totalmente opaca y consistiera únicamente en «un bosque de significados simbólicos», que son gobernados por reglas autónomas que se resisten a cualquier tipo de aproximación desde los intereses sociales grupales, comporta de manera inexorable el riesgo de encerrarse de modo claus-

¹⁹ SCHIRAZ, A., *El problema de la realidad social*, Buenos Aires, 1974, o SCHWITZ, A., y LUCKMANN, T., *Las estructuras del mundo de la vida*, Bueños Aires, 1973.

trofóbico en un enfoque meramente antropológico que se fija sólo en el componente esencialmente cultural y en el aspecto imaginativo de las prácticas sociales cotidianas - 20

El peligro de este tipo de posicionamientos es que frecuentemente se llega a una soberritualización, donde la «realidad» de la vida cotidiana -puesta siempre entre comillas- se convierte en algo inaccesible envuelto en un magma de mitos, símbolos, metáforas... La verdad es que amén de que la vida cotidiana se rija, en modo considerable, por estas metáforas -lo que no se debe rechazar acriticamente- las reflexiones impresionistas de algunos sociólogos de la vida cotidiana parecen contagiarse en exceso de este carácter metafórico de su objeto de estudio. Así, la cotidianidad se entiende como «el agua sucia» de la sociedad para Gofmann, el «lado nocturno» de la vida para Certeau, la lucha constante de un lúdico Dionisos frente a un Prometeo agobiante para Maffesoli o el contraste continuo entre el espíritu de Fausto contra el de San Francisco para Lalli 21... La proliferación de estas metáforas más o menos ingeniosas que abundan en los escritos sociológicos sobre la vida cotidiana puede derivar no sólo de la identificación de los analistas de la vida cotidiana con su objeto de estudio, sino ser asimismo la consecuencia inevitable de una exagerada admiración por la literatura como si ésta fuera la gran descubridora de los fundamentos de la cotidianidad, aspecto éste que aparece reiterativamente desde aproximaciones ya antiguas de los sociólogos a la vida cotidiana 22. Con esto que se acaba de señalar no se trata ni mucho menos de descartar de forma simplista lo que hay de sugestivo en las corrientes que indican que es imprescindible una aproximación cualitativa en el estudio de la vida cotidiana, pero sí de recordar que hay otros enfoques y de subrayar que la radical negación de su validez por parte de algunos microsociólogos conduce a que no se llegue a entender más que un aspecto parcial de la vida cotidiana que se pretende analizar.

20 Vid., p. e., LALLI, P., «The Imaginative Dimension of Everyday Life», *La Sociologie Contemporaine*, núm. 37, 1989, pp. 107-108, o LALIVE, C., «La vic...», pp. 22-23.

21 COFMANN, E., *ReLaciones en público. Microestudios de orden público*, Madrid, 1979; CERTEAU, M., *The practice of Everyday Life*, Berkclcy, 1988" p. 41; MAFFESOLI, M., *La conquele...*, pp. 59 Y ss., Y LALLI, P., «The Imaginative...», p. 106.

22 LEFEBVRE, N., *La vida cotidiana en el mundo moderno*, Madrid, 1972, pp. 13 y ss.

A partir de este doble énfasis, que tan a menudo se hace en algunos sociólogos de la vida cotidiana, sobre la necesidad de una mirada de corte antropológico y de una aproximación literaria para poder llegar a captar los auténticos fundamentos de la cotidianidad se entiende perfectamente que se haga tanto hincapié en el concepto de «lo imaginario» como esencia estructurante de las situaciones cotidianas. No tendría el menor sentido rechazar ¹⁰ que hay de interesante en estas premisas, en cuanto que suponen una aportación enriquecedora de la microsociología en el objetivo de avanzar hacia una mejor intelección de los comportamientos cotidianos. Ahora bien, no se puede esgrimir la referencia a ¹⁰ imaginario como continua coartada para rechazar de plano a la Sociología ortodoxa a la que se presume totalmente obsesionada con la cuantificación. Con esto último que se ha dicho, se quiere denunciar la circularidad del modo de argumentación de ciertos microsociólogos que basan toda su reflexión en que la imaginación no puede ser aprehendida por medio de ese enfoque cuantitativo que no es, además, sino reflejo de una práctica utilitarista de la que se convierte en defensora la Sociología dominante ²³ Por utilizar también metáforas –al estilo de lo que tanto acostumbra algunos de estos autores– sólo desde el maniqueísmo más simplista se puede pretender que el pequeño David de la Sociología de lo cotidiano armado con su potencial imaginario doblegue al Goliat de la Sociología cuantitativa, que no puede rendir la menor cuenta de las situaciones de todos los días que constituyen una parte esencial de la trama de lo social. Evidentemente, esta denuncia de la cuantificación a ultranza, tan acriticamente ensalzada hace algunos decenios en las Ciencias Sociales, no deja de tener una considerable razón, pero tampoco se puede pasar al extremo de reivindicar sólo la pertinencia de los análisis puramente cualitativos de la vida cotidiana. Y ello todavía menos cuando tales reclamaciones se exponen adornadas con la trivial excusa de que incluso en las Ciencias «duras» el análisis cualitativo ha derrotado a paradigmas galileanos o newtonianos ya superados, de manera que se esgrimen alusiones a «teorías» del caos, de las catástrofes, o de la indeterminación

²³ LUCAS, P., «Le carnaval quotidienne», en FRISTCH, P. (ed.), *Le sens...*, p. 174, o en BALANDIER, G., «Essai d'identification du quotidien», *Cahiers /nternationaux de Sociologie*, núm. 74, 1983, pp. 143 y ss.

nación... sm tener un conocimiento mínimamente serio de estos temas 24.

Por otra parte, el peligro de centrarse exclusivamente en lo imaginario es que se intente explicar el mundo de los valores, de las complejas redes de tácticas y estrategias que se multiplican en la vida diaria... con argumentos tales como los que subrayan que la cotidianidad remite a un mundo sagrado -**Los** «santuarios de la vida cotidiana», para seguir la expresión de Lucas-, de manera que tal instancia sagrada es evidentemente inaccesible, derivando en un nihilismo absoluto que no conduce a ninguna aportación rigurosa para la comprensión de la cotidianidad. Con todo, no se puede desdeñar el interés puntual de ciertas ideas señaladas por algunos microsociólogos que siguen estos criterios. Por ejemplo, la que resalta que «lo sagrado» no ha desaparecido de nuestra sociedad, sino que sólo ha cambiado de apariencias bajo la forma de un «Dios cívico» o de una tecnología sacralizada. Pero hay un abismo entre estas intuiciones -**no** exentas de cierto atractivo- y las ideas que enfatizan en que la lógica de la razón es inútil para el estudio de la cotidianidad, dado que en ésta toda percepción obedece precisamente a las pautas irracionales de lo sagrado 25. Nos sumergimos -**con** esta denuncia a ultranza del racionalismo y de la lógica- en el reino de la ficción, de la fantasía, de la pasión y de las emociones que son la materia prima de la imaginación social... llegándose a pedir por algún bienintencionado escritor, de forma simplista, que para comprender este complejo mundo es necesario que se disuelvan las barreras entre la Antropología, la Sociología, la Lingüística, la Psicología, la Historia... a fin de proceder adecuadamente al análisis de la cotidianidad, ya que todos estos saberes sólo de forma integrada y global podrían iluminarnos sobre el componente imaginario que articula en su raíz la vida cotidiana 26. En realidad, uno puede preguntarse con un poco de irónica ingenuidad si incluso con esta abolición de los límites entre las Ciencias Humanas y Sociales -**que** no sólo es, evidentemente, un objetivo utópico e inalcanzable, sino de total inutilidad- se podría lle-

24 Lo señalado en el texto se refiere a autores poco informados, sin la ironía y erudición enciclopédica de autores como IBÁÑEZ, T., *El regreso del sujeto*, Madrid, 1994 (2), Y *Por una Sociología de la vida cotidiana*, Madrid, 1994.

25 MOLES, A., *Laberynthes du vécu*, París, 1982, pp. 30 y ss., y KALIFFMAN, I. C., *La vie ordinaire: voyage au coeur du quotidien*, París, 1989.

26 LALLI, «The Imaginative...», p. 111.

gar a captar algo tan inasible como es lo sagrado y si no se requeriría la ayuda de la Teología para encaminarnos dentro de unos senderos tan místicos. En resumen, se puede apuntar que la devoción que muestran algunos microsociólogos de lo cotidiano por su campo de estudio no tiene nada que envidiar -**dada** su lealtad acrítica a la sagrada cotidianidad- a los seguidores más fanáticos de las sectas religiosas en sus luchas fervorosas contra las Iglesias establecidas (léase, en este caso, funcionalismo, estructuralismo, positivismo...).

Mucho más atrayentes son las argumentaciones que destacan cómo la cotidianidad «burla» con sus tácticas sutiles, ingeniosas y flexibles -**que** son patrimonio de la cultura popular- las estrategias anquilosadas de las instituciones que representan a los diversos poderes 27. Pero resaltar el interés de esta clase de reflexiones no supone aceptar automáticamente los análisis en los que la cotidianidad se presenta como el antipoder por excelencia, que surge con fuerza en los estudios sociológicos al estimar que se han derrumbado los grandes paradigmas de la Sociología «científica», que habrían colaborado supuestamente en la defensa ideológica de unos «buenos poderes» en los que ya cada vez es más difícil creer. La lucidez que puedan contener tal tipo de argumentaciones pierde mucho de su eventual valor cuando éstas se radicalizan llevando al extremo este discurso, de manera que se cae más o menos conscientemente en un nostálgico y populista mensaje pseudoanarquista que entronca con los manidos tópicos neonitzscheanos de un Foucault absolutamente sobrevalorado en el llamado pensamiento postmoderno 28. El poder deviene, así, en el mal por antonomasia que se opone a la cotidianidad bajo diversas formas. En tal sentido, dentro de estas tendencias se argumenta que el discurso político se articula colocando entre paréntesis el lenguaje cotidiano. O se señala que frente a la espacialización (introducida por el poder en el conjunto de la sociedad) lo cotidiano se alza como medio de disidencia. Se resalta, en otras ocasiones, que el poder a través de las instancias sociales instituidas reprime la convivialidad que es la esencia de la cotidianidad () se alude también a que ésta muestra una suerte de resistencia pasiva frente al

27 CERTEAU, M., *The practices...* passim; SCOTT, J. C., *Weapons of the Weak. Everyday forms of Peasant Resistance*, New Javen, 1985.

28 ROSE, N., *Governing the Soul: The Stlaping of the Private Self*, Londres. 1989.

poder que la hace aún más peligrosa que la confrontación directa de los grandes movimientos sociales²⁹.

Cabría preguntarse si esta representación ingenua de la vida cotidiana como privilegiado ámbito del rechazo hacia todo tipo de poder no es, en muchas ocasiones, una forma de rehabilitar, de manera voluntariosa, la pertinencia de los propios estudios sobre la cotidianidad, a la que se intenta redimir del estigma habitual de la trivialidad, acusando precisamente al poder de ser el que banaliza los fenómenos cotidianos. Así, parece que algunos estudios sobre la vida cotidiana buscan adquirir la respetabilidad que se les niega desde el ámbito académico, acusándole a éste de ser un mero portavoz del ubicuo poder que ensancha sus tentáculos, más allá de la política, a través de todas las formas de relación social (dentro de un esquema totalmente deudor de las premisas tópicas de Foucault), de suerte que se ensalzan entusiásticamente los comportamientos individuales de los sujetos en la vida diaria que asumen posturas de «autodefensa» pasiva negando los lazos afectivos que se les tratan de imponer desde los diversos poderes en espacios cotidianos como la fábrica, el barrio...³⁰ Con esta última crítica no quiere decirse que el intento de reflexionar sobre las relaciones existentes entre la vida cotidiana y los diversos poderes actuantes en la sociedad no sea un objetivo exento de mérito. En este sentido, son sugestivas aquellas ideas que destacan que para cambiar el marco político es necesario cambiar previamente la vida cotidiana. Ahora bien, éste es un terreno en que hay que descartar generalizaciones simplistas, que sólo alcanzarían verdadero interés en el caso de que se completaran con investigaciones empíricas sobre estos aspectos, tanto en lo que hace a la sociedad actual como a la evolución histórica. Por otro lado, muchas veces se hace una sobrevaloración del ámbito político concebido como si fuera el único poder relevante y éste no es tampoco el camino para fo-

²⁹ REYES, H., *Sociología de la vida cotidiana*, Barcelona, 1992, p. 75; BALANDIEH, C., «Essai...», p. 12; CAMBACHTA, C., «Experiences of Daily Life», *La Sociologie Contemporaine*, núm. 37, 1989, p. 132; LALIVE, C., «La vie...», pp. 1's-16; МАИИТ, И. Г., «Historicité et quotidienneté», en FRISTCII, P. (ed.), *Le sens...*, p. 88; LANTZ, P., «De la banalité...», en *Ibidem*, p. 61; YEHALY, A., «Relations du pouvoir et phénomène de retrait en univers bureaucratique», en JAVEALI, C. (ed.), *Micro...*, pp. 224-225.

³⁰ Una perspectiva más matizada e interesante es, por ejemplo, la de FERRAHOTI, F., *La historia y lo cotidiano*, Barcelona, 1991.

mentar un mayor contacto entre las investigaciones sociológicas y las historiográficas sobre la vida cotidiana.

Una perspectiva diferente -pero con gran tradición en los estudios microsociológicos sobre la cotidianidad- es la que procede de los denominados análisis dramaturgicos, que inciden en la importancia de la apariencia que trata de dar el individuo ante los demás en las relaciones interpersonales. A este respecto, se ha llegado a decir que las teorías sobre el teatro son «fundamentales para observar la realidad social» o que la «teatralización... es la expresión última de todos nuestros actos cotidianos»³¹. Las variantes que adopta este modelo del análisis dramaturgico son numerosas. Así, algunos autores se inclinan por subrayar la espontaneidad de las «improvisaciones coreográficas» o de los microrrituales que cimentan la construcción social de la realidad cotidiana, mientras que otros aluden a que el hombre de nuestro tiempo (al contrario de lo que se estima que ocurría en el pasado) ensaya continuamente su presentación en escena. En otras ocasiones, se argumenta que los rituales en los que se enmarca la teatralización de la vida cotidiana puedan ser en ciertos casos heredados, en otros impuestos o, finalmente, libremente contruidos. De cualquier modo, en todas estas reflexiones se hace hincapié en el ámbito puramente individual. Ciertamente, una de las raíces de este enfoque radicalmente individualista en el estudio de la vida cotidiana se encuentra en la obra de Goffman. Partiendo de la base de que para ese autor la unidad de análisis de lo cotidiano no puede nunca ser el de los grupos o clases sociales sino, por el contrario, los encuentros más o menos espontáneos que se verifican en la interacción, algunos análisis sobre la cotidianidad tienden a ocuparse de modo exclusivo de las reglas de etiqueta de la «desatención cortés», de las tácticas que empleamos para ocultar nuestra valoración al otro... que nos llevan a un mundo de ficciones, de representación teatral, de apariencias que no remiten a ninguna realidad social que vaya más allá del «marco» (frame) de la interacción. Aunque el individualismo imperante en este tipo de enfoques es tan obsesivo que, en principio, parecería que desde la Historia social no podría establecerse con ellos ningún diálogo fructífero, la moda del retorno del sujeto que afecta

³¹ MOLES, A., *Micropsicología y vida cotidiana*, México, 1983, p. 176, YMAFFESOLI, M., *La conquele...*, p. 17. Las ideas que se señalan a continuación pueden encontrarse en JAVEAU, C., «Microrituels...», pp. 61-62, en NAHAYANDI, F., «Les sociologues...», pp. 69-70, y en REYES, R., *Sociología...*, pp. 85-86.

a todas las Ciencias Sociales hace que este tipo de análisis sean cada vez más apreciados en algunas variantes de la Historia de lo cotidiano. En cualquier caso, pese al aparente desprecio que muestran los análisis de Goffman en relación con la Historia, cabe señalar que no es tanto en éste como en otros enfoques microsociológicos sobre la cotidianidad -que cuentan ya con una larga trayectoria entre los sociólogos norteamericanos- donde se hace más difícil articular una relación entre la Sociología y la Historia de la vida cotidiana³².

Desde otro ángulo -y aunque hace años pudiera haber parecido paradójic()- este diálogo entre la Sociología y la Historia de lo cotidiano es cada vez más posible a raíz de la tendencia, muy acentuada en los últimos decenios, que insiste en algunos sectores de ambas disciplinas en la relevancia de una perspectiva que contempla los fenómenos sociales desde la Lingüística y la Retórica. Las diferentes versiones que desde el campo de la Sociología de lo cotidiano hacen especial hincapié en el lenguaje pueden asumir formas muy diversas. Así, las que señalan que la vida cotidiana no se puede entender más que analizándola como distorsionada por las prácticas lingüísticas, las que -siguiendo los postulados de Bajtin- hacen referencia al carácter esencialmente dialógico de las «lecturas polifónicas» que encierra la cotidianidad o las que insisten que los más mínimos actos cotidianos son comparables con formaciones lingüísticas «determinadas por tropismos semánticos» hasta afirmaciones como la de Habermas que subrayan la conexión íntima existente entre las estructuras del mundo de la vida y las estructuras lingüísticas³³.

No es, obviamente, nuestro objetivo el desarrollar aquí una reflexión -ni siquiera esbozarla- de esta progresiva atracción hacia determinadas variantes de la Lingüística y la Crítica Literaria por parte de las Ciencias Sociales y de la Historiografía en los decenios finales del siglo XX, ni mucho menos fijarnos en sus eventuales deficiencias para emprender, en cuatro líneas, una ingenua tarea de acoso y derribo sobre las corrientes postestructuralistas, en las que hay que admitir que al tiempo que provocaban esquematismos desafortunados

³² Por ejemplo los de SCHUTZ, A., y LUCKMANN, T., *Las estructuras...*, y GARFINKEL, H., *Studies in Ethnomethodology*, 1967.

³³ HEYES, R., *Sociología...*, pp. 20-21; LUCAS, P., «Structures et opérateurs dialogiques de la vie quotidienne», en FRISTICH, P. (ed.), *Le sens...*, pp. 174-176; CERVEAU, M., *The practice...*, pp. 102-103, y HABERMAS, J., *Lifeworld and system: a critique of functionalist reason*, Boston, 1987, pp. 122-124.

tunados han generado también debates interesantes. Sin embargo, no se puede dejar de reseñar la banalidad acrítica de algunos científicos sociales que manejan con despreocupada alegría las alusiones a la gramática de las situaciones cotidianas o a la sintaxis de las interacciones, dado que las problemáticas cuestiones puestas de manifiesto en las investigaciones sobre el lenguaje cotidiano tanto en la filosofía del lenguaje (siguiendo una tradición que se constituye, por lo menos desde Wittgenstein, en un tema fundamental de la filosofía del siglo XX) como en la lingüística son de gran calado y requerirían una compleja discusión. En cualquier caso, sí se debe resaltar la contradicción que implica el que algunos microsociólogos de la vida cotidiana -incluso tan reputados como Goffman o Garfinkel- tras usar esos tipos de referencias metafóricas a la gramática o a la sintaxis señalen su falta de interés por las teorías del lenguaje desarrolladas por las investigaciones lingüísticas³⁴.

Por otra parte, y en relación con la reiterada necesidad que se reclama en algunos estudios sobre la vida cotidiana de aplicar al estudio de ésta los principios de la Retórica, han sido inicialmente los filósofos que se han acercado a la cotidianidad los que más han insistido en ello, aunque después ha habido numerosos sociólogos que se han incorporado a esta tendencia. De todas formas, existen muy diferentes perspectivas al respecto. Así, se puede aludir a las que hacen hincapié sobre todo en el sujeto, destacando que todos los individuos nos contamos nuestra vida diaria a modo de autonarración, de manera que somos «textos vivos», aunque el papel que tomamos en la interacción depende del que nos atribuyan los otros. Ello lleva inevitablemente a concluir que, como todo texto, nuestra vida cotidiana es inseparable de la lectura que se haga de ella, pues, en virtud de este carácter narrativo, la vida diaria se convierte en inaccesible en su original y cada lectura es inseparable de la intertextualidad que la recrea³⁵. Está casi de sobra el señalar que este tipo de argumentaciones supone la aplicación mimética al estudio de la vida cotidiana

³⁴ Lo contrario se aprecia en lingüistas que no tornan en consideración adecuadamente el contexto social, LAKOFF, G., y TOLINSON, M., *Metáforas de la vida cotidiana*, Madrid, 1991.

³⁵ LÓPEZ ARANGUREN, J. L., *Moral de la vida cotidiana, personal y religiosa*, Madrid, 1991, pp. 59-65, y HABERMAS, T., *14e-world...*, p. 136. Las ideas que se comentan posteriormente en el texto de nuestro artículo proceden de REYES, R., *Sociología...*, p. 30.

na de reflexiones que poseen gran tradición en la crítica literaria desde Barthes, Derrida, Kristeva, etc. Otras perspectivas, como las variantes foucaultianas de estas tendencias, incorporan la inevitable referencia al discurso del poder -impenetrable por esencia- cuyas garras lJegan hasta la vida cotidiana, de suerte que los hombres corrientes quedan atrapados en la ficción que establece aquél, asumiendo éstos inexorablemente el discurso del poder, a fin de tratar de prolongar la vida cotidiana en las condiciones que les sean menos traumáticas a los individuos. Afirmar que este tipo de reflexiones son irrelevantes para el análisis de la vida cotidiana sería exagerado, pero conviene subrayar que no se trata de repetir continuamente las intuiciones de Foucault, asumiéndolas como si fueran un catecismo, ya que ello nos llevarla a un callejón sin salida, comparable al que condujo el polo opuesto representado por el economicismo más Insensible del llamado marxismo vulgar.

Ahora bien, no nos cansaremos de reiterar que si se deben criticar estos excesos que proceden de un acercamiento puramente antropológico, lingüístico o dramatórgico en el estudio de la vida cotidiana, hay que reivindicar también el valor que poseen estas aproximaciones sociológicas a la cotidianidad en la medida que superan el realismo ingenuo característico de la percepción cotidiana del hombre corriente sobre el mundo de vida. De este modo, el rechazo en bloque por parte de los historladores sociales frente a todas estas perspectivas no conduciría más que a perpetuar un enfoque meramente descriptivo que es, evidentemente, el recurso aplicado en ciertas muestras -afortunadamente, cada vez menos- de la praxis historiográfica en torno a lo cotidiano que no han avanzado un ápice en relación con las bases historiográficas del más vetusto positivismo.

Se explica así la Insatisfacción con que se encuentran los historladores de la cotidianidad más sensibles ante las Ciencias Sociales cuando leen obras que adoptan en su título este concepto de vida cotidiana, sin tener en cuenta ninguna de las aportaciones que hemos comentado³⁶. Ello conduce irremisiblemente al simplismo que caracterizó a las síntesis tradicionales sobre historia de la vida cotidiana que han conocido cierto éxito en el mercado editorial de diversos países occidentales. De ahí se explica, y con razón, que los estudiosos

³⁶ Una excepción es BHAIJN, R., *Industrialisation and Everyday Life*, Cambridge, 1990.

de las Ciencias Sociales no encontraran hace años en este tipo de historia de lo cotidiano nada que pudiera atraer su interés.

Ahora bien, el panorama actual de las investigaciones historiográficas sobre la cotidianidad es muy diferente, precisamente si tenemos en cuenta el esfuerzo interdisciplinar que han hecho algunas de las mejores investigaciones historiográficas sobre la vida cotidiana. En este sentido, y a modo de ejemplo, podemos comparar, en lo que se refiere a nuestro país, dos obras publicadas hace relativamente poco tiempo que se esfuerzan por acercarse a la cotidianidad, desde unos ámbitos y períodos tan distintos como son el Madrid de la época de Felipe II y dos localidades salmantinas durante el siglo XX y desde dos grupos sociales tan diferentes como la oligarquía municipal en el primer caso y el campesinado en el segundo³⁷. Al margen de que los objetos de estudio sean tan distintos, y de que ello influya obviamente en los resultados de la investigación, el contraste que se observa en el análisis de la vida cotidiana entre ambos trabajos es digno de ser resaltado. Mientras que en el primero de ellos, los aspectos más tópicos relativos a la vida cotidiana -desde la casa al sentimiento ante la muerte- se limitan muchas veces a la mera descripción erudita, se puede observar que en el segundo la síntesis de perspectivas antropológicas, sociológicas e historiográficas... conduce a una investigación modélica. Se podría replicar que este último trabajo es más bien fruto de un análisis de base antropológica que propiamente histórica, pero lo cierto es que sus resultados se inscriben en una perspectiva histórico temporal amplia -que no sólo remiten a la época actual- y que incorporan además los fundamentos metodológicos propios de la historiografía en la consulta de las fuentes archivísticas. De cualquier forma, y alejándonos de la historia más cercana, se puede tomar otro excelente ejemplo de una publicación española, también reciente, en la que se estudia la vida cotidiana en un marco regional durante el Antiguo Régimen³⁸. En ella se advierte cómo se estudian sistemáticamente los problemas relativos a la civilización material, a la organización del trabajo, a la estructura familiar, a los comportamientos... lográndose una síntesis excepcional. Y estos as-

³⁷ GUERRERO, A., *Familia y vida cotidiana de una élite de poder*, Madrid, 1993; DEVILLARD, M. I., *De lo mío a lo de nadie. Individualismo, colectivismo agrario y vida cotidiana*, Madrid, 1993.

³⁸ SAAVEDRA, P., *La vida cotidiana en La Galicia del Antiguo Régimen*, Barcelona, 1994.

pectos forman parte obviamente de una historia de la vida cotidiana -**por** no decir que se encuentran en el centro de cualquier análisis historiográfico de la cotidianidad- aunque una visión estrecha de cierta historiografía estructural no quiera reconocerlo porque supondría aceptar la relevancia que niegan a este tipo de estudios.

Al margen de estos casos **puntuales**, en las páginas siguientes se comentan -**de** manera forzosamente **sumaria**- algunas de las aportaciones y carencias que se pueden encontrar en la práctica historiográfica que ha investigado los comportamientos cotidianos dentro de diversas corrientes como la historia de las mentalidades, la de las representaciones, la de la cultura **popular**, la perspectiva microhistórica... Se han escogido estas escuelas como objeto de análisis por dos motivos. En primer lugar, porque es en el estudio de los comportamientos donde la historiografía ha asumido con mayor intensidad ciertos presupuestos metodológicos desde los que se puede hacer una comparación más pertinente con tipos de enfoques que se han privilegiado en la microsociología de la vida cotidiana que han sido revisados en la primera parte de este artículo. En segundo lugar, porque desde algunas de estas reflexiones historiográficas es donde se han realizado mayores contribuciones a una reconceptualización de la historia de lo cotidiano, aunque la expresión «vida cotidiana» no aparezca en el título de los trabajos que se integran en esas corrientes historiográficas. Por otro lado, hay que admitir que en tales perspectivas no sólo se analiza el nivel cotidiano sino que también se destacan las rupturas de la cotidianidad. Pero esto no es ningún argumento para no incluirlas entre los acercamientos historiográficos más relevantes en torno a la cotidianidad, pues habrá que reiterar que comprender la vida cotidiana no consiste en ensimismarse en ella, sino que requiere igualmente salir de su ámbito para poder llegar a versiones más problemáticas que nos aproximen hacia su mejor conocimiento. Una última precisión: no se **harán**, salvo en ocasiones puntuales, referencias a la historiografía británica y alemana, tratadas en otros trabajos de este volumen. Es por ello que nos **ocuparemos**, sobre todo, de investigaciones correspondientes a la historiografía francesa. y ello por dos motivos. De un lado, porque en ella se han estudiado con gran interés por parte de los historiadores las conductas y los comportamientos cotidianos. De otro lado, porque la historiografía científica de la cotidianidad en nuestro país -**al** margen de la

imitación de modelos británicos- ha estado particularmente influenciada por la trayectoria historiográfica de este país vecino.

Si adoptamos una perspectiva cronológica parece claro que, durante gran parte del siglo XX, el enfoque dominante en el acercamiento no positivista al estudio de los comportamientos cotidianos ha sido deudor de la llamada historia de las mentalidades. Por otro lado, según destacaban algunos sociólogos y antropólogos a principios de los años ochenta, aquella escuela era la única -dentro de los diversos sectores historiográficos- que permitía una posibilidad de contacto entre la investigación sobre lo cotidiano en las Ciencias Sociales y la práctica historiográfica³⁹. No tendría sentido volver a trazar aquí la bien conocida trayectoria de esta tendencia historiográfica a lo largo de la evolución sufrida por la escuela de los Annales, pues fue analizada de forma reiterada, durante los años setenta, en trabajos ya clásicos y muy divulgados⁴⁰.

Como es sabido, en estos últimos estudios se hizo una alabanza demasiado entusiasta de aquella corriente, pero a partir de los años ochenta se ha tornado al polo opuesto. Así se resalta cada vez más la ilimitada y aerítica confianza que ponían algunos defensores de esa tendencia en la noción de mentalidad como si el acercamiento a los sentimientos, a las emociones, a las creencias... de la gente corriente en el pasado viniera a reemplazar totalmente a los enfoques historiográficos anteriores. De esta manera, la historia de las mentalidades se convertía en la «nueva historia» por excelencia, que debía desbancar a las «viejas» aportaciones de la historia social y económica. La autojustificación de este enfoque de las mentalidades como una respuesta presentista a lo que demandaban los lectores ante algunos de los problemas que acuciaban al mundo occidental en los años sesen-

³⁹) BALANDIER, C., «Los espacios y los tiempos de la vida cotidiana», *Debats*, núm. 12, 1984, p. 106; DEBRAY, Q., *L'esprit des moeurs. Structures et significations des comportements quotidiens*, Lausana, 1983, o más recientemente KOROSEK, P., *Le public et ses d'offailles, Espaces et Sociétés*, núm. 62-63, 1990, pp. 30-89.

⁴⁰) ARIES, P., «La historia de las mentalidades», en LE COFF, J. (ed.), *La nueva historia*, Bilbao, 1988, pp. 460-481; BENNASAR, B., «Historia de las mentalidades», en CARBONELL, C. (ed.), *La historiografía en Occidente desde 1945*, Pamplona, 1985, pp. 155-164; VOVELLE, M., *Ideologías y mentalidades*, Barcelona, 1985; CHAUNU, P., «Un nuevo campo para la historia serial: lo cuantitativo en el tercer nivel», capítulo incluido en su libro *Historia cuantitativa, historia serial*, México, 1987, o LE COFF, J., «Las mentalidades: una historia ambigua», en el libro dirigido por el mismo autor, *Hacer la Historia*, tomo TII, Barcelona, 1980, pp. 81-98.

ta y setenta como la crisis de la familia, los nuevos comportamientos ante la infancia, la mujer, la muerte, la vejez, la sexualidad, la marginación... fueron ya criticados en su momento, porque en gran medida eran una réplica casi automática ante cuestiones de moda. Todo ello conducía probablemente a un camino donde el agotamiento de nuevos temas haría que una historiografía insuficientemente conceptualizada no tuviera un futuro halagüeño. Tampoco prometía nada bueno la autocomplacencia de la historia de las mentalidades cuando se consideraba a sí misma como el lugar privilegiado de encuentro de lo colectivo y de lo individual, de lo elitista y de lo popular, de lo general y de lo marginal... haciéndola el territorio idóneo para el objetivo siempre buscado y nunca logrado de una historia total ⁴¹. Sin duda, algunos de los grandes problemas del acercamiento desde esta tendencia a la interpretación de los comportamientos cotidianos radicaban en que muchos historiadores de las mentalidades, en los años sesenta y setenta, se limitaron a tomar de los «padres fundadores» de los Annales aquella vaga noción dándola por útil en la práctica historiográfica, en razón de su mismo carácter aproblemático ⁴². Independientemente de esto, no están tampoco totalmente exentos de razón aquellos críticos de la historia de las mentalidades que han señalado cómo la función de esta corriente historiográfica fue la de encontrar una alternativa cómoda frente a una historia intelectual historicista que sólo se interesaba por las élites creadoras de ideas y pensamientos escritos. Las mentalidades eran así las «ideas de los pobres», de la gente corriente, pero con el agravante de que (partiendo de la irracionalidad y del énfasis en el componente inconsciente, que era consustancial a la noción de mentalidad en pensadores como Lévy-Bruhl y otros psicólogos y antropólogos de comienzos de siglo) al final esa gente corriente no tenía ideas, sino tan sólo afectos y sentimientos incoherentemente articulados.

Otro de los problemas que surgían en el acercamiento desde la historia de las mentalidades al estudio de los comportamientos cotidianos es que aquéllas solían ser concebidas únicamente en el marco de la larga duración, donde la inmovilidad era casi la norma por excelencia. Atendiendo a ello, se comprende que la historia de las mentalidades tenía cierta viabilidad para aproximarse -desde esa pers-

⁴¹ MANDROU, R., «L'histoire des mentalités», *Encyclopedia Universalis*, núm. 8, pp. 436-438.

⁴² LLOYD, G., *Demystifying mentalities*, Cambridge, 1989.

pectiva que hacía hincapié en las inercias- al mundo cotidiano de las sociedades campesinas de la Europa medieval y moderna, pero sus repercusiones eran escasas para el análisis de la era contemporánea, caracterizada por los cambios de la vida cotidiana. Por otro lado, muchas de las investigaciones de la historia de las mentalidades enfatizaban una concepción de las creencias y cosmovisiones de la vida cotidiana como conservación de lo existente, donde la única fuerza de cambio procedía de la modernización capitalista -contemplada como el gran motor de las transformaciones en esos comportamientos cotidianos, pero que no era analizada, al quedar fuera de su período de especialización, por los historiadores medievalistas y modernistas que eran los que se encuadraban mayoritariamente en la corriente de la historia de las mentalidades⁴³.

A pesar de estas críticas hay que reconocer que las contribuciones de la historia de las mentalidades han sido decisivas en temas relativos a la evolución de las conductas cotidianas durante la Edad Media y Moderna, como ocurre con los analizados en estudios sobre la violencia, la marginación, las sensibilidades ante la muerte, los comportamientos ante la fiesta, las actitudes ante la infancia y la adolescencia, las costumbres y maneras de comer, beber o vestir, la higiene y el tratamiento del cuerpo... dentro de un listado de cuestiones que podría hacerse agotador⁴⁴. Descalificar en bloque lo que se ha aportado sobre estos aspectos desde la historia de las mentalidades sería inadecuado, porque junto con evidentes simplificaciones hay en un número abrumador de estos trabajos aportaciones fundamentales al conocimiento de la historia cotidiana que fueron fruto, además, de una investigación minuciosa sobre interesantes fuentes archivísticas.

Por otra parte, algunas obras encuadradas en la historia de las mentalidades -las mejores, sin duda- han intentado integrarse en un enfoque de historia social de la vida cotidiana, que no se puede

⁴³ GISMONDI, M. A., «The "Gift of theory": A Critique of the "Histoire des mentalités" in the Annales», *Comparative Studies in Society and History*, In, 1982, pp. 424-437; REVEL, J., «Mentalidades», en BURGUERE, A. (ed.), *Diccionario de Ciencias Históricas*, Madrid, 1991, pp. 470-477; «Genesi i crisi de la noieó des "mentalitats"», *L'Avenç*, 1987, pp. 10-19; CHARTIER, R., «Intellectual History or Sociocultural History», en LA CAPRA, D. (ed.), *Modern European Intellectual History*, Londres, 1982, pp. 13-46; BURKE, P., «Strengths and Weaknesses of the History of Mentalités», *History uff.uropean Ideas*, núm. 7, 1986, pp. 439-451, y BUHEAU, A., «Propositions pour une histoire restreinte des mentalités», *Annales*, 1989, 6, pp. 1491-1504.

⁴⁴ Un ejemplo en MUCHEMBLED, R., *L'invention de l'homme moderne*, París, 1988.

desdeñar a la ligera bajo el cómodo expediente de hacer hincapié en su sociologismo. En efecto, si se puede advertir en la historia de las mentalidades una falta de mayor rigor teórico o la carencia de un claro objeto de estudio en la medida en que todo podía ser «fagocitado» por ella (las edades, los sentimientos, los sistemas de relación social, las creencias)... no se les puede criticar a muchos de estos trabajos por su falta de interés en insertar los problemas de que se ocupaba en el «contexto social». Ahí radica probablemente uno de los motivos más importantes de la difusión de esta corriente en muchos países -más allá del ámbito francés de los *Annales*- y no sólo en el hecho -tan destacado por sus críticos- de que la ambigüedad de sus propuestas la hiciera sugestiva y cómoda para un gremio, como el de los historiadores, que muchas veces no desea plantearse complejos problemas epistemológicos ⁴⁵. Insistimos, pues, que desde la historiografía actual resulta muy fácil hacer un ataque frontal contra las insuficiencias de la tradicional historia de las mentalidades, pero ello implicaría una falta total de generosidad en relación con una praxis historiográfica que ha obtenido también logros importantes, como en los últimos años han puesto de manifiesto algunos trabajos publicados en nuestro país que reivindican algunas de sus mejores cualidades ⁴⁶.

A partir de los años ochenta, algunas alternativas a la historia de las mentalidades -dentro de la historiografía francesa- han procedido desde el propio centro de la escuela de los *Annales* y han pasado por enfoques metodológicos tan diversos como pueden ser la reivindicación de una confusa Antropología Histórica -que no tiene nada que ver con excelentes investigaciones de base antropológica de algunos historiadores británicos- o por una readaptación más o menos elaborada de los conocidísimos argumentos de Foucault ⁴⁷. No nos ocuparemos de ellas, porque el replanteamiento más interesante

⁴⁵ Sobre la difusión de la historia de las mentalidades en otros contextos, DARNTON, N., «Intellectual and Cultural History», en KAMMEN, M. (ed.), *The past before us*, Nueva York, 1980, pp. 327 y ss., y SCHOTTLER, P., «Mentalités, idéologies, discours», en LUDTKE, A. (ed.), *Histoire du quotidien*, París, 1994, pp. 71-85.

⁴⁶ BARROS, C., «Historia de las mentalidades: posibilidades actuales», en VVAA, *Problemas actuales de la Historia*, Salamanca, 1993, pp. 49-67; «Historia de las mentalidades: historia social», *Historia Contemporánea*, núm. 9, 1993, pp. 111-139, o «La contribución de los terceros *Annales* y la Historia de las Mentalidades». en GONZÁLEZ C., (ed.), *La otra historia: Sociedad, cultura y mentalidades*, Bilbao, 1993, pp. 87-118).

⁴⁷ GOLDSTEIN, J. (ed.), *Foucault and the Writing of History*, Oxford, 1994.

de algunos de los temas tratados por la historia de las mentalidades ha llegado de los márgenes de la escuela francesa, incidiendo en una historia de las representaciones, cuyo mejor representante es, sin duda, R. Chartier ⁴⁸.

A este respecto, interesa destacar que lo que se propone desde esta tendencia historiográfica supone la asunción de muchos de los argumentos que hemos observado en los estudios actuales sobre Sociología de la vida cotidiana. De este modo, sus alegatos contra algunos tipos de historia de las mentalidades porque partían de una sobredeterminación «casi tiránica» (*sic*) de las clases sociales sobre las prácticas culturales, su reivindicación de la «gramática oculta» que hay que desentrañar tanto en las prácticas como en los discursos, la crítica a la «ceguera» de una historiografía encerrada en una pobre idea de lo real como una instancia transparente, la reivindicación de la capacidad inventiva del sujeto que responde con tácticas a los retos que le plantean las normas impuestas desde las instituciones, su hincapié en la importancia de los gestos y de los espacios en las prácticas y en las representaciones, la defensa de la teatralización (que caracteriza, según aquel autor, «la vida social en la sociedad del Antiguo Régimen»), el rechazo a la prepotencia de algunas corrientes cuantitativas, la importancia de los rituales en la articulación de las convenciones que reglamentan las conductas cotidianas, la recuperación de Bajtin para señalar la necesidad de una comprensión dialógica de los textos históricos... son aspectos comunes, evidentemente, a muchas de las ideas de algunos microsociólogos de la vida cotidiana que hemos comentado antes. Es obvio que tales argumentos de la historia de las representaciones se inscriben en una tendencia generalizada en la historiografía actual que rechaza la importancia desmedida concedida en las corrientes estructurales a los grupos socio-profesionales (léase, clases sociales, ya que con ese eufemismo se quiere evitar una expresión que parece maldita) para reivindicar categorías analíticas como el género o elementos condicionantes como las diferencias generacionales, las adhesiones religiosas, las solidaridades territoriales... al tiempo que se resalta la importancia de las redes y estrategias que se ponen en acción en las comunidades, en las fami-

⁴⁸ ЧИХТИЕВ, Р., «Intellectual History...», *passim*, *El mundo como representación*, Barcelona, 1992; «De la historia social de la cultura a la historia cultural de lo social», *Historia Social*, núm. 17, 1993, pp. 97-103, o «Cultura popular: retorno a un concepto historiográfico», *Manuscripts*, núm. 12, 1994, pp. 43-62.

lias y en los propios individuos. No se trata aquí, por supuesto, de descalificar en unas pocas líneas todas estas perspectivas de la historiografía actual que, además, son útiles en la medida que permiten superar simplismos deterministas de la «vieja» historia social, pero sí se debe señalar que todas estas categorías de análisis que se proponen en los últimos decenios no deben olvidar las diferenciaciones sociales derivadas de la existencia de diferentes intereses económicos, so pena de caer en un error tan simplista como el que denuncian. En cualquier caso, la historia de las representaciones ha tenido el mérito de considerar la importancia del lenguaje en la historia de las prácticas socioculturales sin caer en el relativismo radical de los defensores del giro lingüístico en la historiografía. En tal sentido, y al margen de los errores que se acaban de reseñar, autores como Chartier han emprendido desde la historia de las representaciones una crítica acertada contra el intento de subsumir la lógica de las prácticas sociales en la lógica de los discursos que se dirige al mismo centro de los argumentos del famoso «giro».

Por otra parte, desde la historia de las representaciones se ha insistido en la necesidad de recuperar algunas de las premisas introducidas por N. Elías en su famosa investigación sociohistórica. Es bien conocido el mérito de este intelectual que realizó una de las más ambiciosas aproximaciones a la historia de la cotidianidad -sobre todo en 10 que se refiere al análisis sugestivo que propuso acerca de las relaciones entre la evolución de las costumbres y el desarrollo del Estado 49. La obra de Elías merece que se le reconozca todavía como un valioso precedente de 10 que debe ser una auténtica historia de la vida cotidiana por su ambicioso intento de no quedar limitado a una mera descripción de los modos de comportamiento y por su tentativa de escapar a la falsa dicotomía entre individuo y sociedad. Ahora bien, desde que en los años setenta se tradujo su obra a diversas lenguas europeas, se ha advertido, en demasiados historiadores, una acrítica asimilación de las tesis de Elías como si fuera una vulgata, lo que determina en no pocos casos un estancamiento en presupuestos teóricos que tienen más de sesenta años de antigüedad. Nadie niega que releer a los clásicos sea un ejercicio interesante, pero siempre que no conduzca a tomar sus ideas como si fueran indiscutibles. En

..) ELÍAS, N., *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, México, 1987.

este sentido, es obligado rechazar la esquemática asimilación que hacía Elías de las «leyes psicogenéticas y sociogenéticas», lo que implicaba que el desarrollo de la interiorización individual de los sentimientos íntimos de autocontrol en la vida cotidiana se desarrollaron en paralelo sincrónico al control de la violencia física por el Estado absoluto. Además, habrá que recordar que la tesis fundamental de su obra pasaba sustancialmente por incorporar lo que había observado en sus análisis sobre la sociedad cortesana, de manera que su interpretación asume un modelo extremadamente verticalista, donde toda la historia de la evolución de las costumbres en Occidente pasa por la difusión entre las capas burguesas de los modos de comportamiento adoptados anteriormente por la aristocracia, siendo después el proletariado quien incorporaría aquellas conductas en el siglo XIX. De esta forma, el núcleo de la evolución histórica de los comportamientos cotidianos se concentraba en el grupo social y en la época que había constituido el objeto de estudio de Elías —la nobleza cortesana de los siglos XVII y XVIII— siendo la evolución posterior de la historia de las costumbres un apéndice a lo allí desarrollado, al que no dedicaba en su estudio más que breves consideraciones marginales.

Uno de los puntos fundamentales de la obra de Elías era sentar las bases de una psicología histórica de las costumbres. Su intento no ha tenido ninguna continuación estimable, ya que la obra de Elías ha supuesto, pese a su antigüedad, una contribución más importante para aquel objetivo que los hipotéticos cuatro mil trabajos de psicohistoria de los que se vanagloriaba un defensor de esta corriente hace algunos años⁵⁰. Podría haberse esperado que los psicohistoriadores de los últimos decenios, a través de sus análisis de los mecanismos del inconsciente, hubieran aportado nuevos conocimientos para la comprensión de la evolución de los modos de conducta en la vida co-

⁵⁰ DE MAUSE, L., *Les fondations de la psychohistoire*, París, 1986; para otras muestras de esta escuela, SIOHE, M., «Biography in the 1980s. A Psychoanalytic Perspective», en RAAB, T. (ed.), *The New History*, Princeton, 1982, pp. 89-113; BINION, R., *Introducción a la psicohistoria*, México, 1986; FRIEDLANDER, S., *Histoire et Psychanalyse*, París, 1974; SZALUTA, R., *La psychohistoire*, París, 1987; BESANCON, A., *Histoire et expérience de moi*, París, 1971; *L'histoire psychanalytique*, París, 1974; BINNYMAN, W. (ed.), *Psychology and historical interpretation*, Oxford, 1986; HITZMAN, A., «Vers une histoire psychanalytique des mentalités», en VVAA, *L'histoire et ses méthodes*, Lille, 1981; BERINGER, R., «Psychosociological History», en *Historical Analysis*, Nueva York, 1978; MAUSE, L. (ed.), *Historia de la infancia*, Madrid, 1991; GAY, P., *Freud for historians*, Oxford, 1986; *La experiencia burguesa: de Victoria a Freud*, México, 1992.

tidiana a través de la historia. Sin embargo, su utilización de los principios de la asociación libre o la valoración de los impulsos de agresión y de las motivaciones sexuales en el comportamiento humano no han conducido, en el mejor de los casos, más que a esbozar argumentaciones endebles como la que sostiene que la moderación que caracteriza a la superación de la etapa de infancia en los sujetos se convierte en modelo de explicación de los cambios en los comportamientos cotidianos colectivos a lo largo de la trayectoria histórica de las sociedades occidentales. Una de las razones por las que la psicohistoria no ha realizado una gran aportación a la historia de la vida cotidiana puede también radicar en que la mayoría de los autodenominados psicohistoriadores han tomado a la obra de Freud como referente exclusivo de sus investigaciones. Ahora bien, como se ha señalado reiteradamente por los psicólogos que han estudiado la vida cotidiana, ésta no tenía más interés para Freud que el tener en cuenta aquellas formas de conducta triviales a fin de poner de relieve las pulsiones y motivaciones inconscientes, ya presupuestas dentro de la teoría anteriormente elaborada por él. Por otro lado, como los psicohistoriadores consideran que la historiografía académica ha trivializado la potencialidad de las teorías del padre del psicoanálisis para entender los grandes problemas de la Historia, se comprende que no se hayan inclinado por acercarse al estudio de los comportamientos cotidianos que se suponen triviales y banales y, en cambio, se hayan dedicado a problemas presuntamente más trascendentes. De todos modos, cuando algunos psicohistoriadores han llegado al nivel de lo cotidiano -como sucede, por ejemplo, con la última obra de P. Gay aludida en la nota a pie de página anterior- la obsesión que muestran por las pulsiones sexuales como omnipresente principio y término de sus argumentaciones conduce a un esquema reiterativo de pseudointerpretación de un inmenso número de anécdotas curiosas, que no aporta nada importante a un análisis serio de la evolución histórica de la vida cotidiana⁵¹.

⁵¹ Para ampliar estas críticas, MANUEL, F., «Use and abuse of Psychology in History», en GILBERT, F. (ed.), *Historical Studies Today*, Toronto, 1974, pp. 211 y ss., o WEHLER, N. U., «Storia e psicoanalisi», en WEHLER, N. U., YKOCKA, J., *Sul/u scienza del/a storia*, Bari, 1983, pp. 90-117 o estudios más extensos como los de BARZUN, J., *Clio und the Doctors: Psychohistory, Quanto-History und History*, 1974, o STANNAHD, D., *Shrinking History: On Freud and the Failure of Psychohistory*, 1980...

Si por las razones ahora explicadas se comprende que la mayoría de los historiadores profesionales rechacen la psicohistoria como modo de acercamiento a la vida cotidiana, todo lo contrario sucede con la llamada historia de la cultura popular que es generalmente contemplada con mirada respetuosa por la historiografía académica. Lo que ocurre es que aunque se acepte la idea de P. Burke de que «en la vida cotidiana... lo que cuenta es la cultura»⁵², parece claro que es difícil encontrar fundamentos metodológicos y epistemológicos claramente contrastados en la citada historia de la cultura popular. El rechazo del «miserabilismo» y del ingenuo populismo que caracterizó a algunos de los primeros trabajos de esta corriente historiográfica parece que está ya superado desde hace mucho tiempo. En tal sentido, la mayoría de los historiadores de esta corriente se han orientado, cada vez más, a estudiar la cultura popular de una forma nada simplista y en continua reciprocidad con la cultura de las élites, acudiendo, en algunos casos, a ideas procedentes de otras disciplinas como a las explicaciones de Bourdieu o a las ya reiteradamente aludidas de Bajtin. No cabe duda que a partir de esta corriente historiográfica se pueden encontrar nuevas sugerencias para acercarse a la historia de la vida cotidiana que incorporen planteamientos que los antropólogos y sociólogos llevan aplicando a sus estudios ya hace mucho tiempo. Sin embargo, ello exigirá que los historiadores que se acerquen a la historia de la cultura popular no recurran a ella como si se tratara de una nueva versión de la historia de las mentalidades, desde un empirismo ecléctico y aproblemático. Tal es la orientación que han defendido, en ocasiones, autores como Muchembled, al señalar que se pueden utilizar ambos conceptos indistintamente, como si ello no afectara al enfoque metodológico y fuera irrelevante para los resultados de la investigación.

Las positivas expectativas que despierta la historia de la cultura popular en torno a una mejor comprensión de la historia de los comportamientos cotidianos contrastan con las limitadas posibilidades de algunos planteamientos que, en fechas relativamente recientes, proponen poco menos que volver a Voltaire, predicando el retorno a una historia de las costumbres como el concepto que permite expresar mejor la complejidad de la cotidianidad y que englobaría todas las prescripciones que se sitúan «más allá del derecho, de la moral y de la

⁵² BURKE, P. (cd.), *Formas de hacer Historia*, Madrid, 1993, p. 35.

la religión»⁵³. No parece que tenga mucho sentido postular enfoques de este tipo, ya que la historiografía de lo cotidiano no se puede permitir el lujo de retomar ideas de hace dos siglos en torno a los procesos socioculturales para obviar las complejas discusiones que se producen en otras Ciencias Sociales sobre la cotidianidad. Desde esa debilidad epistemológica nunca podrán hacerse aportaciones relevantes que quieran ir más allá del confucionismo metodológico donde «todo vale» o del empirismo que sólo puede dar como máximo hermosas muestras de narrativa.

Frente a estas versiones de la historia de lo cotidiano que ponen la mira en conceptualizaciones tan arcaicas, una de las corrientes históricas en torno a los comportamientos cotidianos que en los últimos años han sido consideradas como más innovadoras es la llamada microhistoria. No hace mucho unos historiadores españoles se quejaban de la falta de eco que habían tenido este tipo de propuestas en la historiografía española⁵⁴. Ello sería aún más acuciante en relación con una historia de la cotidianidad, que no está tan sobrada de alternativas como para rechazar frontalmente los enfoques microhistóricos fijándose sólo en algunas de sus muestras y aludiendo, exclusivamente en base a ellas, a que lo más que ha llegado la microhistoria es a ofrecer divertidas novelas históricas o abstrusos ensayos teóricos. A pesar del eclecticismo de las referencias teóricas que se manejan en la microhistoria, uno de sus méritos es que aunque sus mejores representantes han buscado en enfoques de raíz antropológica una de las claves para la renovación de la historiografía, no han derivado en una interpretación simplista de las acciones humanas hasta el punto de reducirlas a un conjunto de ritualizaciones y símbolos (que constituirían un ejemplo del «geertzismo» denunciado por Levi). De esta manera, han considerado esencial el tener en cuenta las diferencias derivadas de la existencia de grupos sociales en conflicto al realizar cualquier tipo de análisis histórico⁵⁵. Aunque luego en la praxis historiográfica estos alegatos teóricos no se cumplan todo lo que sería deseable, lo cierto es que la alternativa microhistórica proporciona al-

⁵³ POIHIER, J. (ed.), *Histoire des moeurs*, tomo T, París, 1990, p. XVTT.

⁵⁴ SERNA, I., y PONS, A., «El ojo de la aguja. ¿De qué hablamos cuando hablamos de microhistoria?», *Ayer*, núm. 12, 1993, pp. 93-133.

⁵⁵ LEVI, C., «Sobre microhistoria», en BURKE, P., *Formas...*, pp. 119-142, o DAVIS, N., «Las formas de la historia social», *Historia Social*, núm. 10, 1991, pp. 177-182.

gunas pautas desde las que se puede reconceptualizar la historiografía de la cotidianidad. Ahora bien, ello exige que los historiadores posean sobre esa corriente historiográfica una información adecuada que no se reduzca a los libros más vendidos de esta tendencia, identificándolos automáticamente como modelos privilegiados de la microhistoria. Es verdad que en algunos de estos últimos -sobre todo, en ejemplos norteamericanos del pasado decenio- se ha reproducido miméticamente la moda del retorno al sujeto de una forma exagerada y que se ha desmesurado el enfoque narrativo-biográfico, de tal manera que se ha llegado a caer en un revisionismo neopositivista, con la única diferencia frente a la más rancia historiografía de anticuarios que en vez de centrarse en los «grandes personajes» de las élites se tornan como protagonistas a sujetos de las clases populares. Es evidente que la insuficiente consolidación teórica de la microhistoria ha favorecido que su praxis historiográfica haya permitido tales muestras lamentables de novelitas mejor o peor pergeñadas, pero que no ofrecen apenas nada nuevo frente a los trabajos de la vieja colección de Hachette sobre historia de la vida cotidiana. Es evidente también que cualquier escritor que encuentre un legajo que contenga posibilidades de contar una historieta amena puede proclamarse como microhistoriador -sobre todo, si tiene la precaución de iniciar su relato con una introducción donde se expongan algunas ideas en boga que hagan pensar a algún lector incauto que por debajo de toda aquella narración aporoblemática hay algo de sustancia- o Pero trabajos -por sólo citar algunos de los más famosos ejemplos de presunta microhistoria- como los conocidísimos de Davies, Brown, Brucker... en los que resaltan algunas de estas insuficiencias, no dan cuenta de los complejos fundamentos de la escuela que se encuentran, por el contrario, diseñados en escritos teóricos como los de Grendi, Ginzburg, Levi... y, sobre todo, en las muestras más significativas de la praxis historiográfica de esta corriente que se hallan en serios trabajos debidos a microhistoriadores italianos mucho menos divulgados a nivel internacional de lo que sería deseable. En ellos se han replanteado, en el marco de la vida cotidiana, la función del mercado en las economías preindustriales, características esenciales de las estrategias matrimoniales en los grupos populares, el interés de las solidaridades vecinales y las persistencias de modelos de patronazgos, etc.⁵⁶. Bien

⁵⁶ RAMELLA, F., *Terra e telai*, Turín, 1984; LEVI, C., *L'eredità immaleriale*, Tu-

es verdad que reivindicar continuamente, como se hace en la mayoría de las investigaciones microhistóricas, la libertad del individuo frente a las normas rígidas de las instancias macrosociales, el énfasis en las redes y las clientelas... contiene inevitablemente el peligro de relegar los conflictos sociales en favor de las diversidades culturales o de las rivalidades interpersonales. Tampoco se puede ocultar que hay ciertos signos de crisis en algunos de los sectores de la microhistoria italiana como lo pone de manifiesto, por ejemplo, el que se decidiera cerrar la célebre colección italiana que dio nombre a la escuela o como lo sugiere el declive de la trayectoria intelectual de algunos de los más famosos de sus representantes⁵⁷. Pero hay que esperar que la necesidad de reconceptualización que se evidencia en esta tendencia historiográfica conduzca a que esta crisis sea una crisis de crecimiento y no provoque su eventual parálisis, de forma que no se convierta en el ejemplo de más breve duración en lo que concierne a la renovación de la historiografía de los comportamientos cotidianos.

En cualquier caso, la microhistoria ha constituido una escuela que, pese a ciertas incoherencias, ha sabido elaborar una notable aproximación teórica sobre el discurso histórico relativo a la vida cotidiana. No se puede decir lo mismo de la autodenominada historia de la vida privada, cuyo único mérito relevante ha sido el del éxito editorial. A pesar de que algunos de los defensores de esta alternativa señalen enfáticamente que «la historia de la vida privada es también la historia política de lo cotidiano»⁵⁸, la verdad es que el Estado cuando aparece -en caso de que lo haga- se encuentra recluso en el desván trasero de tal tipo de historia. En cuanto a los conflictos sociales, la trivialización que se hace de ellos en la llamada historia de la vida privada -en los ejemplos en que son someramente aludidos- no merece el espacio de una crítica. En realidad, la historia de la vida privada ni siquiera forma una corriente historiográfica coherente, sino que en ocasiones asume la vieja historia de las mentalida-

rín, 1985; GRIBAUDI, M., *Mondo operario e mito operario*, Turín, 1987, o RAGGIO, O., *Paide e parentele*, Turín, 1990.

⁵⁷ Tal es el caso de GINZBURG, C., *El juez y el historiador*, Madrid, 1993; «The Inquisitor as Anthropologist», en *Clues, Myths, and the Historical Method*, Baltimore, 1989 o de CRENDI, E., «Storia sociale e storia interpretativa», *Quaderni Storici*, 1986, pp. 971-980.

⁵⁸ PERROT, M., «Introducción», en ARIES, P., y DUBY, P. (eds.), *Historia de la vida privada*, tomo IV, Madrid, 1989, p. 13.

des, sin plantearse mayores problemas –tal como lo hacía Aries al analizar precisamente los fundamentos metodológicos de la historia de la vida privada– En otras ocasiones se reclaman en esa historia de la vida privada de una forma muy vaga los principios de la microhistoria, del análisis dramático de Cofmann... pero no se hace de ellos la más mínima aplicación seria. Demasiadas veces aparecen en ella reminiscencias foucaultianas y ocasionalmente argumentos de la etnohistoria, aspectos de la historia de las representaciones o del imaginario, o incluso otros cercanos al tan trillado «giro» lingüístico... dentro de una superposición nada rigurosa. Por ello, tampoco tendría sentido hablar más de esa moda editorial a la que hay que considerar afortunadamente como pasajera, aunque sí convendría destacar que las consecuencias que se derivan a través de ella en torno a una banalización de la historia de lo cotidiano son muy grandes, porque dada su accesibilidad es muy posible que los científicos sociales acudan a sus resultados como si fueran la versión más acreditada de la historia de lo cotidiano.

Por el contrario, una de las corrientes más interesantes de la historiografía francesa en la interpretación de los comportamientos cotidianos corresponde a la historia de la sociabilidad que a partir de los trabajos pioneros de M. Agulhon ha dado muestras de excelentes aportaciones. De hecho, incluso en España es apreciable una tendencia a su valoración cada vez mayor, de manera que si algunos hispanistas franceses observaban hace algunos años que su influencia era sorprendentemente pequeña en lo relativo a la historia contemporánea, hoy el panorama se ha modificado significativamente. Los defectos tantas veces criticados en este artículo de una excesiva «antropologización», el exagerado énfasis en la retórica de los textos, el desmedido peso concedido al sujeto... están ausentes de las mejores muestras de esta historia de la sociabilidad. Al contrario que en otras corrientes reseñadas en este artículo el peligro que encierra dicha tendencia historiográfica puede venir del extremo opuesto; esto es, de una falta de conceptualización y de una desconexión con los desarrollos que han adoptado las diversas perspectivas de las ciencias sociales en su investigación sobre lo cotidiano. No se oculta a nadie que el concepto de sociabilidad tiene negativos rasgos en común con la noción de mentalidades, como son el hecho de que en las Ciencias Sociales se lo contemple muchas veces como un vestigio de la historia temprana del pensamiento sociológico o su carácter de debilidad teó-

rica que puede favorecer el que se convierta en una aproximación problemática a la historia de la vida cotidiana. En tal sentido, no se debe dejar de señalar que amparándose en la sombra protectora de la magnífica obra de Agulhon, han proliferado en los últimos años estudios sobre la historia de la sociabilidad, donde al traspasarse sin más esta perspectiva propia de la era contemporánea a otras épocas -como la antigüedad, la era medieval o la modernidad- se ha caído en una historiografía que no pasa de ser una colección de anecdóticas aportaciones a la historia de la «convivialidad», pero que están lejos de la historia de la sociabilidad propiamente dicha ⁵⁹.

Con la revisión que se ha realizado en las páginas anteriores de diversas aproximaciones a los comportamientos cotidianos desde la historiografía no se ha pretendido, por supuesto, el ofrecer un análisis exhaustivo de todas las corrientes posibles en la historiografía de lo cotidiano. Lo único que se ha intentado es valorar algunas de las tendencias historiográficas que más han influido -o pueden influir en el futuro inmediato- en una historiografía española en torno a la vida cotidiana que no se plantee el recurso a la mera descripción de costumbres más o menos curiosas del pasado. Porque debe resaltarse que frente a las deficiencias que pueden advertirse en algunas de estas formas de práctica historiográfica -sobre las que quizá, en ciertas ocasiones, se ha hecho en estas páginas una crítica demasiado severa- son, en cualquier caso, un ejemplo de la renovación de la historiografía de la cotidianidad que -al menos, en lo que se refiere a la investigación académica- ha borrado definitivamente el estigma de ser una muestra anacrónica del positivismo historiográfico, lo que ha derivado que se aproxime, en muchos casos, a conceptualizaciones que se manejan ya hace tiempo en otras Ciencias Sociales, como se ha intentado mostrar en este artículo. Con ello se le han abierto a la historia de la vida cotidiana nuevos retos que, muchas veces, son comunes al resto de la historiografía actual. Superar las incertidumbres que esto supone no será fácil, pero siempre será más fructífero que refugiarse en perspectivas anacrónicas que no supondrían ninguna evolución, lo que es incompatible no sólo con los fundamentos generales de la Historia, sino también con la esencia misma de la historia de la vida cotidiana.

⁵⁹ THIELAMON, F. (cd.), *Sociabililé, pouvoirs el sociélé*, Houch, 1987; *Aux sources de La puissance: sociabililé el parenlé*, Houch, 1989; *De La sociabililé à La table: com-mensalilé el convivialilé a travers Les ages*, Houch, 1990.